



Dimensiones y factores de la Soledad No Deseada en la Ciudad de Córdoba

Estudio exploratorio para el desarrollo de políticas locales

RESUMEN EJECUTIVO

Investigación coordinada desde el Instituto de Planificación Municipal (IPLAMU) y su **Observatorio de Soledad No Deseada**, y la Dirección de Epidemiología de la Secretaría de Salud Municipal.

Con el apoyo la Secretaría de Políticas Sociales de la Municipalidad de Cba., el Ente Metropolitano, y UNC.

Córdoba, Argentina, Mayo 2025.



Introducción

El estudio desarrollado por el Observatorio Municipal de Soledad No Deseada (OSND) de la Ciudad de Córdoba constituye la primera investigación municipal en Argentina orientada a analizar la soledad no deseada en personas mayores. Aborda esta problemática no solo como una experiencia individual, sino también como una cuestión social, sanitaria, comunitaria y territorial, con efectos sobre la salud integral, el bienestar subjetivo, la autonomía, la calidad de vida y la integración social.

En este marco, la Municipalidad de Córdoba incorporó la temática por decisión del Sr. Intendente de la Ciudad de Córdoba, Dr. Daniel Passerini, en la agenda pública desde una perspectiva preventiva, territorial e intersectorial. En esta primera etapa, la investigación se centró en personas mayores, considerando que en este período del curso de vida la soledad no deseada puede adquirir características específicas vinculadas con cambios en las redes de apoyo, situaciones de pérdida, modificaciones en la participación social, autonomía cotidiana, necesidades de cuidado y formas de integración comunitaria.

El trabajo fue desarrollado de manera conjunta por el Instituto de Planificación Municipal — IPLAMU y su OSND —, la Secretaría de Políticas Sociales y Desarrollo Humano y la Secretaría de Salud, en articulación con el Observatorio de Salud Mental y Adicciones. Su propósito principal fue generar evidencia local para comprender mejor la problemática, orientar políticas públicas y fortalecer estrategias municipales de prevención, acompañamiento y reconexión social.

Metodología

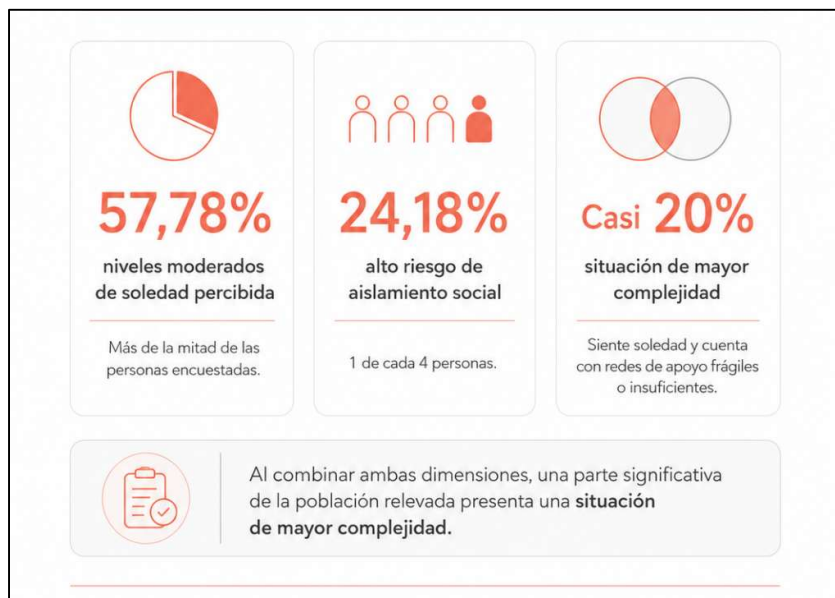
La investigación sobre soledad no deseada en personas mayores de la ciudad de Córdoba se desarrolló mediante un estudio exploratorio, descriptivo y transversal, con enfoque metodológico mixto. El trabajo de campo se llevó a cabo entre octubre de 2024 y marzo de 2025.

En el componente cuantitativo se realizaron 765 encuestas a personas de entre 60 y 85 años residentes en la ciudad, vinculadas a espacios institucionales, comunitarios, socioeducativos, recreativos, sanitarios y de cuidado. El muestreo fue no probabilístico e intencional, por lo que los resultados no deben interpretarse como representativos del conjunto de personas mayores de Córdoba, sino como una aproximación exploratoria orientada a identificar patrones, dimensiones y situaciones de vulnerabilidad relacional en la población relevada.

Para la recolección de datos se utilizaron la Escala de Soledad UCLA —versión 3—, orientada a medir la intensidad de la soledad percibida, y la Escala de Redes Sociales de Lubben —LSNS-6, destinada a evaluar la disponibilidad y funcionalidad de las redes familiares y de amistad, así como el riesgo de aislamiento social.

El componente cualitativo incluyó seis grupos focales con personas mayores, referentes comunitarios y especialistas. Estos espacios permitieron profundizar en las experiencias y significados asociados a la soledad no deseada, las formas de afrontamiento, las barreras para la participación social y las condiciones subjetivas, vinculares, económicas, territoriales, digitales y comunitarias que influyen en esta problemática.

Resultados cuantitativos



El análisis de la soledad percibida según variables sociodemográficas y condiciones de vida evidencia una amplia presencia de niveles moderados de soledad en la población relevada. Según la Escala de Soledad UCLA, el 57,78% de las personas encuestadas presenta soledad moderada, el 41,18% baja soledad y el 0,78% niveles altos de soledad.

Al igual que se observa en otros estudios internacionales sobre la temática, la expresión extrema de la soledad aparece en una proporción reducida. Sin embargo, resulta especialmente significativa la extensión de los niveles moderados de soledad percibida, dado que evidencian un malestar subjetivo ampliamente distribuido, aunque no siempre expresado bajo formas críticas o visibles.

La soledad moderada predomina en distintos grupos etarios y atraviesa tanto a mujeres como a varones. No obstante, el análisis por variables muestra diferencias relevantes. Se observa mayor presencia de soledad no deseada en personas con trayectorias educativas medias o incompletas, menores ingresos, dependencia de ingresos jubilatorios o previsionales, menor participación laboral y determinados arreglos convivenciales, especialmente la vida en soledad o con menor densidad de vínculos cotidianos.

Respecto de las condiciones de vida y los vínculos cotidianos, la soledad moderada es más frecuente en personas que viven solas o con familiares, mientras que quienes viven en pareja o con personas no familiares presentan menores niveles relativos de soledad. Del mismo modo, la movilidad autónoma y el uso cotidiano de dispositivos digitales se asocian con mejores niveles relativos de integración social, mientras que las situaciones de menor autonomía o uso tecnológico intermitente muestran una mayor concentración de soledad moderada.

Por su parte, los resultados de la Escala de Redes Sociales de Lubben —LSNS-6— muestran que más de la mitad de la población relevada presenta algún grado de vulnerabilidad vinculado al aislamiento social: el 24,18% tiene alto riesgo de aislamiento social, el 31,24% se ubica en riesgo moderado o red social reducida, y el 44,31% cuenta con una red social adecuada. Estos datos evidencian una fragilidad relevante en las redes de apoyo familiares, amistosas y comunitarias.

En términos generales, el riesgo de aislamiento social se incrementa en los tramos más avanzados de la vejez y se asocia con condiciones socioeconómicas y de vida más desfavorables. Se observa mayor presencia de aislamiento social en varones, personas con menor nivel educativo, menores ingresos, ausencia de jubilación o pensión, inactividad laboral, movilidad limitada y bajo o nulo uso de tecnologías digitales.

Las mejores redes sociales se observan en personas que viven en pareja, en hogares con mayor densidad de vínculos, con mejor situación previsional y económica, con mayor autonomía para moverse y con uso cotidiano de dispositivos digitales. En cambio, el mayor aislamiento aparece en residencias para personas mayores y en ciertas formas de convivencia más frágiles. En este sentido, los resultados permiten afirmar que la calidad, disponibilidad y funcionalidad de los vínculos resulta más determinante que la simple convivencia.

El cruce entre la Escala UCLA y la Escala Lubben LSNS-6 constituye uno de los principales aportes del estudio. A partir de esta integración, se construyó la categoría operativa soledad no deseada con riesgo de aislamiento social, definida por la combinación entre niveles moderados o altos de soledad percibida y riesgo alto de aislamiento social.

Este criterio permitió identificar que casi el 20% de la población relevada se ubica en una situación de mayor complejidad, donde el malestar subjetivo asociado a la soledad se articula con redes de apoyo frágiles o insuficientes. En estos casos, no se trata solamente de personas que refieren sentirse solas, sino de situaciones donde esa experiencia se combina con baja disponibilidad de apoyos, menor frecuencia de contacto y mayores dificultades para sostener vínculos cotidianos.

Esta categoría resulta especialmente relevante para la planificación pública, porque permite reconocer escenarios de mayor vulnerabilidad relacional, social y sanitaria, orientando estrategias de detección temprana, acompañamiento, fortalecimiento de redes y reconexión comunitaria.

Resultados cualitativos

1 	1. Dimensión subjetiva y emocional - Falta de escucha, reciprocidad afectiva y reconocimiento. - Pérdidas vitales, jubilación, menor autonomía y sensación de no contar con alguien disponible. - La soledad puede intensificarse en noches, fines de semana o al volver a un hogar vacío. - También aparecen recursos de afrontamiento: espiritualidad, rutinas, música, radio, actividades comunitarias y nuevos proyectos.
2 	2. Dimensión social y vincular - La soledad se relaciona más con la calidad de los vínculos que con su cantidad. - La familia sigue siendo una red central, pero su presencia no garantiza compañía significativa. - Amistades, pares, vecinos, talleres y espacios comunitarios pueden funcionar como ámbitos de pertenencia y cuidado. - Participar no alcanza por sí solo: lo protector es que existan vínculos significativos, continuidad, confianza y reciprocidad.
3 	3. Dimensión territorial y de accesibilidad - La movilidad, la seguridad, el estado del entorno y el costo del transporte influyen en la participación social. - Cuando trasladarse se vuelve difícil, disminuyen las salidas y se reducen las oportunidades de encuentro. - El territorio no es solo el lugar donde se vive: también puede favorecer o restringir autonomía, participación y vínculos. - Los espacios de proximidad cumplen un rol clave en la construcción de redes y pertenencia.
4 	4. Dimensión digital - Celulares, WhatsApp, videollamadas y redes sociales pueden ayudar a sostener vínculos. - Las dificultades de acceso, conectividad o uso generan frustración, dependencia y sensación de exclusión. - La brecha digital también depende de habilidades, confianza, recursos económicos y apoyos. - La tecnología puede complementar, pero no reemplaza, el contacto humano ni los encuentros presenciales.
5 	5. Dimensión económica y material - Los costos de transporte, actividades, conectividad y tecnologías pueden restringir la participación y el encuentro. - Estas limitaciones se agravan cuando se combinan con problemas de movilidad, inseguridad o falta de apoyos. - En contextos de mayor vulnerabilidad, las dificultades económicas afectan incluso necesidades básicas. - La desigualdad puede generar retraimiento, autoexclusión y mayor riesgo de soledad y aislamiento.

El componente cualitativo permitió profundizar en cómo se vive, se expresa y se afronta la soledad no deseada en la vida cotidiana. Los grupos focales muestran que la soledad no se reduce a vivir solo/a ni a la ausencia física de compañía, sino que se vincula principalmente con la pérdida, debilitamiento o insuficiencia de vínculos emocionalmente significativos.

Dimensión subjetiva y emocional

La soledad no deseada aparece asociada a la falta de escucha, la ausencia de reciprocidad afectiva, la pérdida de reconocimiento, el silencio del hogar, las pérdidas vitales, la jubilación, la disminución de autonomía y la sensación de no contar con alguien disponible emocionalmente. Puede intensificarse en momentos cotidianos como las noches, los fines de semana o el regreso a un hogar vacío.

Los relatos también muestran que muchas personas tienen dificultades para expresar este malestar por temor a molestar, vergüenza, mandatos de autosuficiencia o sensación de ser una carga. Al mismo tiempo, se identifican recursos subjetivos de afrontamiento, como la espiritualidad, las rutinas cotidianas, el cuidado de plantas, la música, la radio, la televisión, las actividades comunitarias y la construcción de nuevos proyectos personales.

Dimensión social y vincular

La experiencia de soledad está más asociada a la calidad de los vínculos que a la cantidad de relaciones. Si bien la familia continúa siendo una red central de apoyo emocional, material y cotidiano, los relatos muestran que la presencia familiar no garantiza necesariamente ausencia de soledad. La cercanía física o la pertenencia familiar no siempre alcanzan para producir compañía significativa.

Frente a ello, las amistades, los vínculos entre pares, los vecinos, los talleres, los centros de jubilados, los espacios comunitarios y las actividades grupales adquieren gran importancia como ámbitos de pertenencia, escucha, reconocimiento y acompañamiento. En muchos casos, estos vínculos funcionan como una “familia elegida”.

Sin embargo, participar en actividades no garantiza por sí mismo sentirse acompañado/a. La protección frente a la soledad depende de que esos espacios produzcan vínculos significativos, continuidad, confianza, reciprocidad y sentido de pertenencia. Esta dimensión también muestra diferencias de género: las mujeres suelen sostener redes sociales más activas y expresar con mayor facilidad sus necesidades afectivas, mientras que los varones presentan mayores dificultades para pedir ayuda, reconocer malestares o integrarse a espacios comunitarios.

Dimensión territorial y de accesibilidad

Las condiciones urbanas y territoriales influyen directamente en las posibilidades de participación social. La movilidad, la seguridad, el estado del entorno urbano, la cercanía de espacios comunitarios, el costo del transporte y la disponibilidad de acompañamiento pueden favorecer o limitar las oportunidades de encuentro.

Cuando las personas mayores no cuentan con condiciones accesibles y seguras para trasladarse, disminuyen sus salidas y se reducen las posibilidades de sostener vínculos, asistir a actividades o participar de espacios comunitarios. En este sentido, el territorio no es solo el lugar donde transcurre la vida cotidiana: también puede favorecer o restringir la autonomía, la participación y la construcción de vínculos significativos.

Los espacios de proximidad —como plazas, iglesias, clubes, centros de jubilados, centros de salud, CPC, organizaciones barriales y dispositivos comunitarios— cumplen un rol fundamental en la construcción de redes y sentidos de pertenencia. Cuando estos espacios son insuficientes, poco accesibles o no logran sostener continuidad, el territorio puede profundizar la desconexión social.

Dimensión digital

Las tecnologías representan tanto una oportunidad de conexión como un factor de exclusión. Herramientas como celulares, WhatsApp, videollamadas, redes sociales y grupos digitales permiten mantener contacto con familiares, amistades o compañeros/as de actividades, acceder a información, organizar encuentros y reducir parcialmente el sentimiento de soledad cuando el contacto presencial es limitado.

No obstante, las dificultades para utilizar dispositivos, realizar trámites digitales, acceder a conectividad adecuada o contar con acompañamiento para el uso de tecnologías pueden generar frustración, dependencia, pérdida de autonomía y sensación de quedar afuera de formas actuales de comunicación y participación. La brecha digital no depende solo del acceso a dispositivos, sino también de las habilidades, recursos económicos, confianza y apoyos disponibles.

El estudio también advierte que las herramientas digitales no reemplazan el contacto humano ni los encuentros presenciales. La tecnología puede ampliar las posibilidades de comunicación y sostener vínculos, pero su valor protector depende de que complemente, y no sustituya, la presencia, la escucha y el encuentro cara a cara.

Dimensión económica y material

Las condiciones económicas influyen de manera directa en las posibilidades de participación, circulación y encuentro social. Los costos de transporte, actividades recreativas, conectividad, materiales, consumos mínimos y acceso a tecnologías pueden restringir las salidas y dificultar la construcción o mantenimiento de vínculos.

Estas limitaciones se agravan cuando se combinan con problemas de movilidad, inseguridad, ausencia de redes de apoyo o dificultades de acceso a servicios. En estos casos, no se trata únicamente de no poder pagar un traslado o una actividad, sino de quedar progresivamente más restringido/a al espacio doméstico, con menores posibilidades de circulación, encuentro y construcción de redes.

En los sectores más vulnerabilizados, las dificultades económicas afectan incluso necesidades básicas como alimentación, salud, movilidad y cuidados cotidianos. La desigualdad también impacta en el acceso a tecnologías digitales y puede generar sentimientos de vergüenza, retraimiento o autoexclusión, reforzando la soledad y el aislamiento.

Factores protectores y recursos de afrontamiento

Los factores protectores frente a la soledad no deseada incluyen principalmente la existencia de vínculos significativos, redes de apoyo cercanas y participación sostenida en espacios sociales y comunitarios. Más allá de la frecuencia de contacto, lo central es la calidad de los vínculos: contar con personas disponibles para escuchar, acompañar, compartir preocupaciones, brindar apoyo emocional y generar sentido de pertenencia.



También actúan como protección los vínculos entre pares, las amistades, los vecinos, los talleres, los centros de jubilados, las actividades comunitarias, culturales y recreativas, los proyectos personales, el voluntariado, las rutinas cotidianas, la espiritualidad y los apoyos barriales. Estos recursos permiten sostener continuidad, reconocimiento, autonomía y participación.

La tecnología puede contribuir a sostener vínculos cuando se utiliza de manera acompañada y significativa, pero no reemplaza el contacto presencial. Por ello, la inclusión digital debe ser entendida como complemento de las redes presenciales y no como sustituto de la vida comunitaria.

En conjunto, la protección frente a la soledad no deseada depende de una combinación de redes sociales significativas, participación sostenida, accesibilidad territorial, recursos comunitarios, apoyos institucionales e inclusión digital acompañada.

Principales hallazgos

La soledad no deseada y el aislamiento social en personas mayores de la ciudad de Córdoba constituyen fenómenos extendidos, multidimensionales y socialmente situados. Los resultados del estudio muestran que más de la mitad de la población relevada presenta niveles moderados de soledad percibida, mientras que casi el 20% se ubica en una situación de mayor vulnerabilidad, donde convergen el malestar subjetivo asociado a la soledad y el debilitamiento de las redes de apoyo.

Uno de los principales aportes del estudio fue la construcción de la categoría “soledad no deseada con riesgo de aislamiento social”, elaborada a partir del cruce entre la percepción subjetiva de soledad y las condiciones objetivas de aislamiento social. Esta combinación permite identificar escenarios de mayor complejidad, caracterizados por vínculos familiares, amistosos o comunitarios frágiles o insuficientes, y aporta una herramienta relevante para orientar estrategias de detección temprana, acompañamiento y fortalecimiento de redes.

Los hallazgos muestran, además, que la soledad no deseada no depende únicamente de vivir solo/a ni de la cantidad de contactos disponibles. Una persona puede vivir sola y no sentirse sola, del mismo modo que puede convivir con otras personas y experimentar una profunda desconexión emocional. Lo decisivo es la calidad, estabilidad y significación de los vínculos. En este sentido, la soledad no deseada se configura cuando los vínculos disponibles no alcanzan para ofrecer escucha, reconocimiento, apoyo emocional, sentido de pertenencia o acompañamiento cotidiano.

La integración de los resultados cuantitativos y cualitativos permite reconocer que la soledad no deseada se expresa de múltiples formas en la vida cotidiana: en el silencio del hogar, la pérdida de vínculos significativos, las transformaciones asociadas a la jubilación, las dificultades para pedir ayuda, la vergüenza de expresar malestar, la pérdida de proyectos o la sensación de no contar con alguien disponible emocionalmente. Estas experiencias muestran que la soledad muchas veces no aparece como una demanda explícita ni bajo formas críticas o visibles, sino como un malestar persistente y frecuentemente naturalizado.

El estudio también identifica situaciones de mayor vulnerabilidad relacional vinculadas con la fragilidad de redes, los hogares unipersonales, los menores ingresos, las dificultades de

movilidad, la baja participación social, la brecha digital, la dependencia funcional y la escasa disponibilidad de espacios comunitarios accesibles. En particular, los datos muestran mayor intensidad de soledad y aislamiento en personas con menores recursos económicos, modalidades habitacionales de menor densidad vincular y menor nivel educativo. Asimismo, aunque las mujeres concentran mayor cantidad absoluta de casos por su mayor presencia en la muestra, los varones presentan proporcionalmente mayores niveles de vulnerabilidad en las formas más severas de aislamiento y soledad no deseada.

Las condiciones económicas, territoriales y digitales aparecen como dimensiones especialmente relevantes. Las restricciones materiales pueden limitar la movilidad, el acceso a actividades, tecnologías y espacios comunitarios, reduciendo las oportunidades de encuentro y participación. Del mismo modo, la accesibilidad urbana, la seguridad y la inclusión digital pueden favorecer o restringir las posibilidades reales de integración social.

Frente a estos procesos, el estudio identifica factores protectores vinculados principalmente con la existencia de vínculos significativos y participación sostenida en espacios sociales y comunitarios. Las amistades, los pares, los vecinos, los talleres, los centros de jubilados, las actividades socioeducativas, los proyectos personales y el uso acompañado de tecnologías digitales pueden contribuir a mitigar la soledad no deseada. Sin embargo, su valor protector depende menos de la cantidad de actividades o contactos que de su capacidad para generar confianza, continuidad, escucha, reciprocidad y sentido de pertenencia.

En este marco, la participación social aparece como un componente central. Participar no implica únicamente ocupar el tiempo, sino construir pertenencia y formar parte de una trama social activa. Por ello, una política orientada a la reconexión social requiere promover espacios accesibles, sostenidos y capaces de alojar necesidades afectivas, vinculares y comunitarias diversas.

Conclusiones

Los resultados permiten afirmar que la soledad no deseada constituye un problema público local de carácter social, sanitario, comunitario y territorial. Si bien impacta sobre la salud integral, el bienestar subjetivo, la autonomía y la calidad de vida, sus condiciones de producción exceden al sistema sanitario y a la respuesta individual. Por ello, su abordaje requiere articular salud, políticas sociales, cuidado, cultura, deporte, educación, accesibilidad urbana, inclusión digital, organizaciones comunitarias, universidades, instituciones sanitarias, medios de comunicación, organismos de cooperación, actores territoriales y sector privado.

El municipio ocupa un lugar estratégico en esta agenda. La ciudad es el espacio donde las personas mayores viven, circulan, participan, se encuentran o se aíslan. Por eso, las políticas locales pueden incidir directamente en las condiciones que favorecen o restringen la conexión social: espacios públicos, centros comunitarios, centros de salud, CPC, centros de día, talleres, clubes, organizaciones barriales, programas para personas mayores, alfabetización digital, dispositivos de cuidado y mecanismos de acompañamiento territorial.

La evidencia producida aporta insumos para profundizar la estrategia municipal de reconexión social. Esto implica fortalecer redes comunitarias, espacios de participación significativa, dispositivos de cuidado, inclusión digital con acompañamiento presencial, intervenciones territoriales de proximidad, detección temprana, acciones de sensibilización, formación de



linkeadores sociales comunitarios y circuitos de orientación y seguimiento. La prevención requiere actuar antes de que las situaciones se vuelvan críticas, reconociendo señales tempranas de retraimiento, baja participación, ausencia de apoyos disponibles o dificultad para pedir ayuda. En este sentido, el desafío municipal no es solamente ampliar la oferta de actividades, sino construir una política pública capaz de detectar, orientar, acompañar y sostener procesos reales de reconexión social.

Finalmente, el estudio subraya la importancia de consolidar una red interinstitucional para el abordaje de la soledad no deseada. La experiencia del trabajo de campo muestra que la producción de evidencia local fue posible gracias a una trama diversa de instituciones, equipos y espacios comunitarios que facilitaron el acceso a la población, acompañaron la convocatoria y aportaron conocimiento técnico, territorial y comunitario. Esta articulación constituye una base relevante para transformar los hallazgos del estudio en respuestas sostenidas y territorializadas desde la política pública local.

En este marco, incorporar la soledad no deseada a la agenda pública local implica ampliar la mirada sobre el cuidado, reconociendo que la integración social, la participación comunitaria y la construcción de vínculos significativos son componentes fundamentales de la salud y la calidad de vida. La construcción de políticas orientadas a la reconexión social supone fortalecer redes de apoyo, reducir barreras de participación y promover entornos urbanos, comunitarios e institucionales que favorezcan el encuentro, la autonomía y el sentido de pertenencia. Frente a este desafío, la ciudad de Córdoba cuenta con una base institucional, territorial y comunitaria sobre la cual consolidar una política pública capaz de cuidar, conectar y acompañar a las personas mayores a lo largo de su vida cotidiana.
